

753074

SANTIAGO/ ZIG - ZAG N° / 15 de junio de 1920

"LA VOZ DE LAS CALLES"

LA ULTIMA OBRA DE ALLENDE

Yo no he creído nunca que un arte genuino de la América española sea un sueño de ingenios o ilusos. Más aún, empiezo a creer que la obra estética sólida, capaz de triunfar del tiempo, será la que recoja el alma de nuestra raza. Al artista se le pide sinceridad: armonía de la obra con el propio temperamento que refunde y exalta las características de sus antecesores, que son en último término la patria y la raza. Nada hay tan seductor en arte como la contemplación del genio vivificando de eternidad, prolongando en sus nervios suprasensibles el alma de las cosas ambientes. Si, según Emerson, por un destino misterioso, hay tres hombres representativos en la sociedad, el que piensa, el que hace y el que canta, es de suponer que el último deba, por virtud de su propia misión inflexible, entresacar sus motivos de la vida que le rodea. Y no es como teme Zaldumbide, el ya ilustre comentarista de Rodó, que vayamos así a cantar las plumas y los taparrabos. Para hacer obra nacional, no hay que buscar violentas diferencias de carácter con el resto de los pueblos. La transición entre un país de América y otro, existe, tal vez casi insensible, pero existe. Ahora que con el modernismo llegamos al arte de los matices, de las distinciones que casi se escapan de sutiles, estamos aptos para traducir con más riqueza emocional el alma de los ambientes. Quizás si hasta ahora el arte nuevo no ha hecho más que probar y aguzar sus finísimos instrumentos.

Todo esto me lo hace meditar la última producción de Humberto Allende intitulada "La Voz de las Calles". Como el Cabulliwallahá, de Tagore, nos lleva en un sueño exquisito y piadoso por las abigarradas calles de Calcutta, así esta obra de un compositor sabio y refinado, nos guía por las calles de Santiago, su ciudad natal. Oyendo esta música, nos quedamos sorprendidos como un ciego que de pronto viera la luz... Santiago nos parece pintoresco, con un alma propia, con una fisonomía sentimental

en que no habíamos reparado, y que no sólo lo diferencia de todas las ciudades del mundo, sino aun de las otras de Chile. La música recoge el canto lastimero de un pregón: "Calientito el mote e mei": melodía simple que el autor, en una maravillosa armonización que hace pensar en la maestría de Ravel en "Dafnis y Cloe", prolonga, varía, repite... El canto se ensancha en la descripción del ambiente. Se

evoca el Santiago nocturno de los meses fríos. En el silencio de las calles solas, un farol rojo, azul, amarillo, flota entre las brumas. Hora de la salida de teatro. Un vendedor de blanco delantal flotante, se aleja cantando su "mote e mei calentito" con un acento de tristeza que se hace más agudo entre el frío y la soledad. ¿Adónde va?... ¿Por qué esta desolada melodía del pregón? ¿Acaso va cantando su "mote e mei calentito" mientras sus hijos tiritan de frío?... El pregón toma así a través del altísimo temperamento del compositor una importancia indescriptible de ternura, de amor por los humildes, de representación de esta raza nuestra con sus lágrimas, "dejos fatales de la raza mora", y de esta otra raza aborigen, de ojos absortos y andar taciturno...

En ninguna tierra hay pregones tan tristes. Viene una mujer cantando: "Traigo pera y durazno, me compra pera y durazno". Su pregón, aunque flota y se diluye en un ambiente luminoso del verano, es apenas risueño, vagamente alegre... Esta conmovida entonación, como una sonrisa surgida de un mar de amarguras, parece la canción intencionadamente alegre y dulce que canta una madre triste al niño en la cuna: su diluido tinte de alegría no hace más que resaltar el hilo de lágrimas que se esfuerza en ocultar su garganta... Y así pasan seis pregones desembocando el uno en el otro hasta presentar en un caudal de sentimiento, de elevación y piedad copiosa, el alma toda suave, resignada y fatalista, del pueblo chileno.



Maestro Humberto Allende

Me he creído encontrar con una maravilla frente a esta obra de acentuada personalidad y de un sentimiento tan puro como una parábola. Aquí Allende apenas si tiene de común con Debussy la novedad delicada e intensa del gran francés... Pero la blandura casi enfermiza de Debussy, su complicación nerviosa de pagano y cristiano a la vez, han cedido el paso a una elevación casi mística, generosa, de comunión con los dolores humanos. Allende, como la palabra de Jesús, nos vuelve llenos de amor hacia los humildes de nuestras calles. Y todo esto con la fineza con que Juan Ramón Jiménez, abandonando su torre de marfil, se vuelve un instante humano en "La Cojita", "La Carbonera Quemada" y "El Niño Rico".

La forma misma de la composición es acertadamente original. En vez de la forma sonata clásica, que en la primera parte expone en su totalidad el tema principal y tras un período de transición lo enlaza con un tema secundario, y sólo en la segunda parte los analiza y desarrolla, en la obra de Allende, como en la Naturaleza los arroyos que confluyen forman los grandes ríos, los temas se delinean al principio y el hilo de lágrimas de cada pregón acrece con el otro y en un interés siempre creciente nos sacude el alma este oleaje de emociones que empieza con el sollozo de un alma y acaba en el sollozo de una raza entre las voces imponentes de cien instrumentos.

Semejante evolución que importa en música lo trascendental de sustituir el método inductivo por el deductivo y la síntesis por el aná-

lisis, es uno de los mayores méritos técnicos de "La Voz de las Calles".

No hay obra de Allende que no sea un afán por superar su arte. Su labor honrada, modesta y escrupulosa nos sorprende una mañana cualquiera, después de un período de silencio y recogimiento, como esas flores orientales que en la obscuridad de la noche despliegan sus enormes corolas fragantes y lucen inesperadamente a la cándida luz matutina. Así esta que es sin

disputa su obra más sólida y emocionada. Hay aquí igual derroche de sabiduría técnica que en las "Escenas Campestres" y el "Concierto para violoncelo"; pero la comunión simple y desnuda con la vida ambiente da a la "Voz de las Calles" un aliento de emoción cálida, casi inusitada en un maestro que acaso por exigente cuidado de artística depuración, ponía a los oídos no selectamente cultivados, atentos más bien a la pulsera y esmeralda arquitectura

Motivos populares que sirvieron a Humberto Allende para su sonata

de la composición que a la suprema belleza del sentimiento...

Humberto Allende, por más de un motivo el más grande y el más genuino compositor nacional, se ha labrado con su última obra un monumento sólo comparable en la literatura americana a "Tabaré", ese canto macizo y multiforme de la sonriente tierra uruguaya que sobrevivirá a las reglas y a las escuelas.

Ya, refiriéndose a las "Escenas Campestres", Emilio Uzcátegui García dice en su precioso libro "Músicos chilenos contemporáneos": "Allende es el único que ha escrito música chilena, la verdadera música chilena".

FELIX ARMANDO NUÑEZ.

EN LA PLAYA

Llevabas con donaire la sombrilla de seda azul, con rosas escarlata; y hollaba la negruzca escalinata el tacón de tu arqueada zapatilla.

Envolviste en tu cuello la mantilla, y al suspender el ruedo de tu bata, dejaste ver el ceñidor de plata que aprisiona tu mórbida rodilla.

Entonces en tu faz llena de enojos, hubo un florecimiento de sonrojos... y pudorosa aligeraste el paso;

mientras que yo, mirándote de hinojos sentí que se agitó sobre mis ojos tu fina enagua de cujiente raso...

LEOPOLDO LUGONES.